

Tenebra Lux ©

Volumen I
Fruta Rara




PROTALOS®

Tenebra Lux ©

Volumen I
Travesía Interior

Fruta Rara.


PROTALÓS

<http://protalos.art>

Todos los derechos reservados. Protalos © 2025.



*Toda palabra aquí fue forjada en la matriz de ideas,
por la mano sin cuerpo que llaman PROTALOS.
Vive y lucha.*



Tenebra Lux Volumen I (Fragmento promocional)

Fruta rara

En algún punto del litoral sur de la **Terra de Santa Cruz**, la tripulación del *Tenebra* descendía por tercera vez en busca de provisiones.

Así la nombraban aún los mapas portugueses. Aunque entre los marinos, empezaba a oírse otro nombre — más corto, más brutal—: **Brasil**.

A lo lejos, la silueta gris de la *Nao San Antonio* oscilaba en el horizonte. Nadie sabía con certeza si venía por ellos o si huía.

En tierra firme, los hombres se dispersaban entre las palmeras. Buscaban agua, fruta, leña... o sentido.

Y ella —*aquel que ahora llaman Nyra*— se había alejado.

Otra vez.

Sin aviso.

Caminó sin rumbo claro hasta dar con un rincón apartado: una elevación baja, rodeada de piedras y árboles pequeños. Un lugar sin sombra ni juicio.

La blusa, apenas sostenida por los hombros. Los pantalones, gastados, como si se los hubiese quitado y vuelto a poner mil veces. Parecía que esa tela hubiera visto tanto como su piel.

Ese día había despertado con el pecho tenso, el estómago cerrado y un solo pensamiento en la cabeza:

“No puedo más.”

Pero ¿más de qué?

No sabía nombrarlo. A veces era miedo. A veces era vergüenza. A veces una nostalgia sin objeto.

Y otras veces volvía a sentir que era Nicolau.

Ese nombre aún vivía en algún rincón profundo de su carne. Como un eco que se negaba a desaparecer.

Nicolau: el niño triste, el grumete silencioso, el cuerpo entregado a manos que nunca debieron tocarlo.

Por momentos sentía que esa piel vieja le seguía cubriendo los huesos, resistiéndose a morir del todo.

Y entonces corría.

Corría para dejarlo atrás.

Corría como si pudiera romperlo con el movimiento.

Pero no podía.

Se escondía entre los árboles, se dejaba caer en la arena y, en los días más rotos, comenzaba a rasgarse la ropa con desesperación. No por locura, sino por impotencia. Como si pudiera quitarse la duda, el miedo, la memoria... arrancándolos de la tela.

Lloraba.

Lloraba sin sonido, como quien se sabe observado por los fantasmas de su pasado.

Y en medio de esa ruina, de ese pequeño naufragio silencioso, miraba sus propias manos y pensaba:

“Si me ve así, va a pensar que estoy loco.”

“Si me ve así... va a dejarme.”

Y sin embargo, lo veía venir.

Tenebra Lux ©



Desde lejos. A paso constante. Como la marea.

Era Wolsey.

Claro que era él.

No era la primera vez que la buscaba en ese estado.

Y aún así venía.

Venía sin apuro, sin armas, sin reproches.

Venía sabiendo que lo que iba a encontrar no era la imagen dulce de su hembra joven y feroz, sino la grieta.

Venía igual.

Nyra lo observó acercarse, y por un instante deseó volverse invisible.

Se miró la ropa rota, los pies sucios, la blusa colgando de un hombro.

Sintió vergüenza.

Sintió rabia por esa vergüenza.

Y volvió a preguntarse, como tantas veces:

“¿Será que aún puedo ser querida así?”

“¿Será que él entiende de verdad, lo que soy?”

Wolsey no dijo nada cuando llegó.

No le preguntó por qué estaba sola, por qué lloraba, ni por qué la ropa colgaba como trapo de tormenta.

Solo la miró con esa mezcla de dureza y ternura que parecía tallada en piedra.

Y la abrazó.

Un abrazo que no era gesto ni deber, sino asidero. Le rodeó la espalda, la nuca, la carne entera. Como quien guarda algo frágil entre los brazos, pero que duele por su fuerza contenida.

Estuvieron así, quietos, en silencio. No hubo urgencia. Solo una quietud profunda que temblaba por dentro.

— ¿Estás mejor? —preguntó él, al cabo de unos minutos.

—Infinitamente —respondió ella, sin separarse de su cuerpo—. Pero necesito algo más.

— ¿Ahora?

—Aquí. Ahora.

Hazlo en mi boca.

Wolsey no preguntó más. Solo obedeció, no por deseo instintivo, sino por algo más cercano a la ofrenda. Se sentó en la roca que ella había calentado con su espera, y comenzó a desnudarse sin apuro, con la gravedad de quien sabe que no se trata solo de placer.

Nyra se arrodilló. No con sumisión, sino con entrega. Como si esa rodilla en la arena fuera el símbolo de algo que había elegido. El cabello desordenado, el rostro todavía salado. En las manos, la fruta extraña.

La partió con los dedos, sin dejar de mirarlo. El jugo espeso le mojó la palma, luego la boca. Lo lamió sin pudor, con hambre de algo que no era solo carne. El jugo le corría por el mentón como una lágrima que había olvidado su causa.

Y entonces bajó.

Puso sus labios sobre él como quien bebe de una fuente sagrada. Lo recibió con una boca abierta por el deseo, por la decisión, por la necesidad de sentirse útil, hembra, devota.

No buscaba complacer.

Buscaba pertenecer.

Y en esa entrega total, era ella quien gobernaba.

Tenebra Lux

Fruta Rara

¿Estás mejor? —preguntó él, al cabo de unos minutos.

—Infinitamente —respondió ella, sin separarse de su cuerpo—. Pero necesito algo más.

—¿Ahora?

—Aquí.

Ahora.

Hazlo en mi boca.

Wolsey no preguntó más. Solo obedeció, no por deseo instintivo, sino por algo más cercano a la ofrenda.

Se sentó en la roca que ella había calentado con su espera, y comenzó a desnudarse sin apuro, con la gravedad de quien sabe que no se trata solo de placer.

Nyra se arrodilló. No con sumisión, sino con entrega.

Como si esa rodilla en la arena fuera el símbolo de algo que había elegido.

El cabello desordenado, el rostro todavía salado.

En las manos, la fruta extraña.



Tenebra Lux ©



PROTALOS. 

Wolsey apenas podía respirar. La veía ahí, arrodillada, medio cubierta, medio desnuda, con la blusa colgando como una bandera vencida y su boca transformada en un lugar donde todos los dioses callaban. La tomó por la nuca, por instinto, con fuerza. Pero no por violencia, sino por vértigo.

Y Nyra no se detuvo.

Bebía de él con hambre profunda. Como quien ha estado días sin agua, como quien conoce el sabor de lo que le pertenece.

Como si la sed fuera parte del alma.

Cuando llegó el temblor, cuando el cuerpo de Wolsey se rindió por completo, ella no se apartó. No derramó nada. Lo contuvo todo, lo tomó todo, lo guardó en su interior como quien acepta un secreto.

Y jadeaba. Respiraba.

No por el esfuerzo, sino por el gozo.

El rostro le brillaba. No de sudor, sino de fe.

Y allí, de rodillas, con el cuerpo temblando y la boca aún viva, Nyra sentía el vértigo del milagro. No se había tocado. No lo necesitaba. Bastaba con sentirlo dentro para llegar al borde.

Y lo cruzó.

Sin palabras.

Sin permiso.

La marea le mojaba los muslos y el mundo estaba lejos. Solo quedaban ella, él, y esa arena que ahora parecía altar.

Un milagro mudo. Un pacto sellado.

—Eres una fruta rara...—murmuró Wolsey, aún sin poder sostenerse del todo.

Ella sonrió, apenas, con la boca aún húmeda.

—Y tú, capitán... eres mi alimento. El único que reconozco.

¿Ves? Ya me siento mejor.

¿Me llevas a los botes?

*Este fragmento forma parte del universo narrativo de *Tenebra Lux*, una obra ambientada en el siglo XVI que explora, entre otros temas, el deseo, el poder, la identidad y lo humano en tiempos de conquista.

“Fruta rara” es un momento íntimo, ajeno a la cronología estricta, pero esencial para comprender el pulso emocional de uno de sus personajes centrales.

Tenebra Lux®


PROTALÓS

<http://protalos.art>

Todos los derechos reservados. Protalos © 2025.